

APUNTES PARA PENSAR LAS POLARIZACIONES¹

Marga Stahr*

Freud pensó que nuestra “anatomía” era nuestro mayor drama, que la “roca” insuperable era la diferencia entre los sexos y las generaciones, con la consecuente angustia de castración. Pero McDougall (1998), opina que “es posible que hayamos encontrado una roca más, la *roca de la alteridad*,” que da lugar a angustias existenciales, primarias, como el sentirse reducido a la nada por la indiferenciación de otro ser, o sentirse tan centrado en sí mismo que el otro no existe.

Topar la roca de la alteridad, sería pues uno de los dramas humanos que todos debemos enfrentar en nuestra particular experiencia de ser en el mundo, desde nuestra dependencia/separatividad respecto a la existencia y el deseo de otro. Llegar al reconocimiento de un otro diferente que nosotros, resulta ser un logro del desarrollo psíquico, alcanzado con dificultad y dolor, pues la ilusión primaria es que somos iguales, que somos uno con el primer objeto de nuestra vida.

Me pregunto si en el mundo que hoy habitamos este “otro diferente” es más complejo de percibir, comprender y amar que antes, cuando el mundo era quizás menos ajeno, cuando nos movíamos dentro de linderos más familiares, más cercanos, cuando no nos arrastraba la correntada del horizonte ilimitado del mundo globalizado, del mundo virtual.

También a nuestros consultorios llegan cada vez más pacientes variopintos, diversos, retadores, trayéndonos sus turbulencias psíquicas puestas en acto, encapsuladas por la anomia y la alexitimia o selladas por creencias y certezas

1. Este texto fue en parte presentado en el congreso Fepal 2024 en Río de Janeiro, bajo el título: “La práctica psicoanalítica en un mundo polarizado”.

* Psicoanalista en función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Ex directora de seminarios del Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis ILAP. Estudios de maestría en Estudios Teóricos en Psicoanálisis en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Terapeuta investigadora en el Proyecto de Investigación: “Sobre la dimensión psicosocial de la pobreza en Lima” (convenio PUCP e Instituto Sigmund Freud de Frankfurt, Alemania).

<margastahr@gmail.com>

fijas y concretas, generando en nosotros, como psicoanalistas, un sentimiento de desubicación en cuanto a su alteridad.

Es esta línea, la de la alteridad, la que me interesa reflexionar para entender situaciones de polarización, tanto individual como colectiva.

Cuando las situaciones externas, así como cuando los escenarios psíquicos internos se polarizan, la tensión que emerge amenaza con estallar violentamente a falta de espacio continente. Los vínculos, los puentes, las comunicaciones se quiebran.

Sabemos que si una experiencia emocional intensa no puede ser pensada de modo que encuentre un sentido y no puede ser metabolizada en el flujo del pensamiento asociativo y simbólico, ejercerá una presión en el aparato psíquico que puede ser intolerable. Entonces, dicha experiencia emocional cruda tendrá que someterse a algún otro proceso con el fin de aliviar al aparato psíquico de la abrumadora acumulación de estímulos no procesados. Meltzer (1987) señala tres posibles rutas o procesos alternos cuando fallan los procesos de simbolización: 1. procesos fuertemente evacuatorios, 2. simulacros de digestión pero, en realidad, una digestión tóxica consituida por mentiras o alucinaciones que terminan atacando la posibilidad de pensar, y 3. un enquistamiento de afectos y pensamientos, una suerte de autismo.

Estímulos psíquicos no simbolizados pueden tener que ver con experiencias emocionales demasiado dolorosas, de rencor intenso, de frustraciones dañinas, que se producen por impactos traumáticos y/o porque vienen anidados desde desencuentros tempranos en los vínculos primarios. Pensando con Winnicott (1971), serían desencuentros que interfirieron los procesos de transición entre el estado inicial de fusión materno infantil (estado “subjetivo puro”) y la relación diferenciada con el objeto primario (objetividad hacia el otro y hacia la realidad exterior). La interferencia de ese proceso de transición puede obturar la creación de una zona intermedia de existencia, en la que fluye enriquecedoramente la interacción entre lo propio y lo ajeno, y que se constituye en el campo fértil de los procesos de pensamiento simbólico y el espacio potencial entre la fantasía y la realidad.

Diríamos que los fragmentos dispersos de estimulación psíquica no simbolizada generan procesos irracionales que por lo general se manifiestan de manera disruptiva en formas de funcionamiento polarizado, no permitiendo la constitución de una alteridad saludable, ni de una percepción amplia de la realidad externa.

Cuando pienso en la ruta propuesta por Meltzer de una evacuación disruptiva, me viene a la mente la experiencia social más violenta que he vivido, cuando hace algunas décadas, en la época del “terrorismo” —o del “conflicto armado interno” (elegir uno u otro término ya implica una posición polarizada)— explotó un

coche bomba a dos cuadras de mi casa. El impacto fue feroz, volaron los vidrios de todas mis ventanas, yo sentí una contractura corporal, y luego mental, nunca antes experimentadas. Un movimiento de fuerte intensidad narcisística ocurrió en mí: antes de poder entender qué pasaba, lo primero que sentí de modo muy primario fue que alguien “malo” me quería hacer daño, a mí y a mi familia, y mi pregunta era ¿por qué a mí?, ¿qué habíamos hecho para esto? Hasta ese momento, mi entendimiento sobre el conflicto social y político era más intelectual; estaba allá lejos, en la sierra del Perú. Ahora, era una experiencia emocional que la sentía en mi cuerpo, que me atacaba y me colocaba como víctima o como agresora, sin poder comprenderlo.

Desde el psicoanálisis entendemos que cuando hay una irrupción muy violenta de lo real que produce una fractura, un desborde del continente psíquico, se genera un trauma, como si fuera un coche-bomba psíquico, quedando una suerte de cuerpo extraño que no puede circular por la red simbólica del pensamiento. Aquí se genera lo siniestro (*unheimlich*¹). Todo lo que nos era conocido, sabido, familiar (lo *heimlich*) se transforma en ajeno, en amenazante, en *un-heimlich*. Lo mismo sucede con el vínculo con otro.

En escenarios sociales y psíquicos de gran precariedad, cuando se producen momentos críticos, el equilibrio, que pudo más o menos haberse logrado hasta ese momento, se puede quebrar y así brotar la inseguridad desde lo más profundo de lo inconciente. El brote del inconciente individual —como también del colectivo— genera en los individuos trastornos de personalidad, y en las poblaciones trastornos de masas que ponen de manifiesto los mecanismos más primarios, las fantasías más arcaicas.

El Perú vive y ha vivido siempre al borde mismo de la polarización, social, política y psicológica. Es muy endeble la línea que contiene la violencia de la polarización.

Recuerdo algo que ocurrió en una época de crisis y polarización política en un pueblo joven de Lima. Una mañana, cundió como reguero de pólvora el rumor de que habían aparecido los *Pishtacos* y la población estaba conmocionada. En el imaginario popular andino, el *Pishtaco* es un ser malvado, entre humano y mítico, a menudo extranjero/blanco que busca a nativos desprevenidos para extraerles su grasa (imagen que parece remontarse al trauma social de la época colonial). Las madres de familia no querían llevar esa mañana a sus hijos al colegio, decían que habían llegado unos *gringos* armados a la población y que irían a los colegios a raptar niños para sacarles los ojos y venderlos luego en el

1. En alemán “Heim” significa hogar, “heimlich” hogareño, familiar – “unheimlich”, lo extraño.

extranjero. Padres y niños estaban muy asustados y para protegerse oscilaban entre retirarse en sus casas o salir a reclamar violentamente. Se culpó al alcalde del lugar quien, coincidentemente, había gestionado convenios internacionales de cooperación para apoyar la educación y la urbanización de esta población. Se increpó también a algún partido político por querer generar confusión y miedo para su provecho electoral. Sin duda, este pavor colectivo respondía a causas mucho más profundas que el maquiavelismo político. Podemos entender que aquí se abrió la ruta, señalada por Meltzer, de la “digestión tóxica”, la de una “mentira” que sustituía la inseguridad por una certeza delirante, proveniente de fantasías traumáticas arcaicas.

Viene a mi mente también la película *Criaturas Asombrosas* (Le Regne Animal de Thomas Cailley, 2023). En un mundo distópico, un virus produce mutaciones extrañas en la población. A las personas infectadas se les iba transformando el cuerpo hasta convertirse en criaturas animalescas. La población estaba aterrada tratando de enfrentar este fenómeno desconocido, generándole enorme incertidumbre sobre la peligrosidad de las víctimas. El drama de la película muestra la tensión traumática entre, por un lado, seguir sosteniendo el vínculo de amor y comunicación con el familiar cercano afectado y, por el otro, sucumbir al miedo enorme de este proceso de enajenación, al miedo de ser contagiados, quizás atacados, y de tener que recurrir a la protección de normas de sanidad drásticas que encerraban a estos seres mutantes en centros de investigación/tratamiento. La supuesta frontera para proteger a los “normales” de los “infectados” se convirtió en una fractura violenta para ambas partes. ¿Sería mejor quizás atreverse a tolerar y convivir con estos seres queridos, aunque mutantes, en lugar de extraditarlos? El protagonista y su hijo se aventuran a adentrarse en la oscuridad del bosque donde, escapándose, se habían refugiado estas criaturas, entre ellas la esposa/madre infectada, para intentar hacer contacto con ella. Pero, más adelante, cuando el hijo también se contagia, el padre lo deja en el bosque como una manera de intentar aceptar la transformación del hijo en un ser mutante con el dolor que eso significa. Vemos en esta tensión de acercamiento y alejamiento las complejas emociones de dolor por la pérdida y de aceptación de la diferencia.

Son característicos de estados polarizados, modos de funcionamiento marcados por la escisión y la ansiedad persecutoria, formas de proceder y pensar caracterizados por la posición esquizo-paranoide. Bion entendió que los principios que regían la mentalidad de los individuos podían prevalecer también en las dinámicas grupales. Es decir, existiría un refuerzo mutuo entre, por ejemplo, sistemas sociales extremistas, (totalitarios, de autoritarismo vertical y cerrado) con sistemas de personalidad o modos de funcionamiento primario de los individuos (defensas altamente narcisistas, retraimientos autísticos, angustias de indefensión o empoderamientos omnipotentes). En ambos ámbitos la forma de percepción de

las cosas es polarizada, bimodal, sin matices ni transiciones (amigos o enemigos, bueno o malo, protección blindada o peligro extremo, verdad o mentira, todo o nada, etc.). Entonces, la intolerancia al otro diferente y a situaciones desconcertantes produce la necesidad urgente de seguridad y control. El desvalimiento terrorífico conduce a fusionarse con un objeto idealizado, entrando la alteridad en jaque. La salida próxima a estos estados son configuraciones fanáticas, como bien las caracteriza Cassorla (2020), resultado de la desesperación que produce la violencia de lo impensable, la insuficiencia del continente.

Una joven paciente que se encontraba en proceso de separación de la casa de sus padres, exploraba sus capacidades de autonomía al haberse ido a vivir sola al extranjero, pero tenía dificultad en sus nuevos vínculos, tanto por cercanía emocional cuanto por momentos de separación. Me contó que había tenido un sueño muy extraño:

Fue un sueño muy vívido, era una casa grande donde había mucha gente. En la sala había el cuerpo de alguien muerto y yo sabía que yo había matado a esa persona. La persona era alguien cercano a mí, pero no sé quién era y no se vió ninguna escena de crimen. Yacía allí solamente y yo tenía la certeza de que la había matado. Me sentía muy asustada y tenía que hablar con mis papás para que me digan qué hacer, ellos me iban a indicar cómo salir de este problema.

Asocia el sueño a la relación que ha cortado con su prima hermana con quien no se habla desde hace unos 3 años. Es una chica muy problemática que no puede solucionar sola su vida. Su madre, hermana de la suya, murió hace unos años y quien se hace cargo entonces de ella es ahora su mamá. Mi paciente se sentía también muy cargada con sus demandas constantes hasta que llegó un punto en que dijo: "BASTA, yo no quiero cargar con ella, como lo hace mi madre con todo el mundo, vive sacrificada, sin lugar para sí misma, entregada siempre a los otros. No quiero ser nunca como ella, por eso estoy pensando en que ni quiero tener hijos. Jajaja, prefiero ser una pedicurista antes que ser alguien que se preocupe y ocupe tanto de personas. ¡Me agobia! Es que cuando me preocupo de alguien, me entrego demasiado y quiero controlar todo lo que hace, lo doy todo."

El sueño parece expresar el modo extremo en el que la paciente desea solucionar sus propios problemas de la vida, sus vínculos de dependencia/separación. El agobio de la cercanía con otro es enorme, dada la insuficiente diferenciación que ella misma carga. Los vínculos y los sentimientos que emergen para ella se fijan, se polarizan: yo o tú, te controlo o te destruyo, te amo o te odio. Frente a ello, recurre a una defensa radical: mejor aniquilo, asesino al otro, mejor me dedico a ser pedicurista que a sentir preocupación por otro ser humano. Lo que parecía necesitar es eliminar sus emociones humanas en el vínculo con el otro, insensibilizar su corazón frente a los posibles dolores y angustias del encuentro

cercano. Sería la tercera ruta defensiva propuesta por Meltzer: un enquistamiento de afectos y pensamientos, una suerte de autismo.

¿Qué podemos hacer desde el psicoanálisis?

Hemos vivido hace apenas un par de años una pandemia y hemos observado una vez más lo que nos ocurre como individuos y como colectividad cuando el mundo se nos presenta como peligroso y amenazante. Recuerdo el 2020 —año en el que vivimos encerrados para protegernos del virus en el afuera— como un año de mucha actividad virtual. A contracorriente del aislamiento individual y fáctico, al parecer necesitábamos comunicarnos y conectarnos a través de zooms y webinars psicoanalíticos para poder pensar como comunidad.

En uno de estos webinars, Recalcati (2021) nos hablaba de las dos almas del ser humano: el alma aventurera (el alma Ulises) que sale a explorar el mundo, y el alma *securitaria* que más bien cierra militarmente fronteras y se confina. El Covid potenció la pulsión de seguridad y encierro y la angustia de muerte nos empujó a la búsqueda patriarcal de un amo fuerte, de medidas muchas veces fanáticas, la necesidad de control omnipotente del otro, sentido como extraño, dañino y enemigo.

Tengo la impresión de que quizás hoy más que nunca es cuando —como señalaba Recalcati— necesitamos de nuestra alma aventurera para salir a explorar el mundo, ese mundo peligroso, extraño y no comprendido. En palabras de Horenstein (2020), el futuro del psicoanálisis estaría en su propio espíritu de contracorriente, por lo que necesitamos sacar provecho de nuestra extranjería y nuestro anacronismo como psicoanalistas. El autor refiere que disponemos de un dispositivo muy potente para producir seres librepensadores y de pensamiento crítico.

Como psicoanalistas aspiramos a contactarnos con estados mentales primitivos y con los momentos originales del *self*, dice Avner Bergstein (2014), y ello no tanto para descubrir verdad histórica o recuperar contenido inconciente, sino para generar movimiento entre distintas partes de la psique. Tomando el concepto de *cesuras* de Bion, dice Bergstein que nuestra aspiración es transformar las barreras dentro de la mente en *cesuras* (es decir, en roturas tras las cuales hay continuidad) para incorporar e integrar distintas partes del *self*, incluso aquellas que parecen inaccesibles. Este movimiento se manifiesta clínicamente como algo que se asemeja a los sueños, afirma él. Allí, donde hay partes no representadas de la mente surge algo así como una grieta que el sueño o la pesadilla pueden transformar en una brecha (cesura) que abre caminos de una nueva conexión o significación. Es allí, en esos quiebres, donde radica la mayor vitalidad emocional y también donde acechan las amenazas de turbulencias emocionales. La exhortación es a

trabajar explícitamente en las *cesuras*, porque estas implican un gran potencial de cambio dinámico, significan rotura, separación y a la vez continuidad.

Stefano Bolognini, en otro Webinar de la época de pandemia, habló de la enorme importancia de construir una contención interna de la situación de emergencia. Como los rescatistas en los terremotos que se ubican en carpas, nosotros como psicoanalistas necesitábamos construir un espacio, aunque sea temporario, para proteger la continuidad del vínculo con nuestros pacientes —eso fueron las sesiones *online* en su momento.

Salir al bosque, poner nuestra carpa, construir un espacio, un *campo* que nos ayude a internarnos en la oscuridad de la tempestad, entre los escombros dejados por un terremoto o un coche-bomba, para trabajar en las cesuras, para escuchar la experiencia emocional en emergencia, para recibir y contener las partículas eyectadas por las evacuaciones, los delirios o los encapsulamientos defensivos. Este sería el requisito indispensable para restaurar la conexión con el otro enajenado de sí mismo y expulsado de nosotros mismos y de nuestra comunidad.

Referencias

- Bergstein, A. (2014). Trascendiendo la cesura: ensoñación (reverie), soñar y contra-soñar. *Libro Anual de Psicoanálisis*, XXIX, 21-38.
- Cassorla, R. (2020). Fanatismo. Ponencia presentada en el Congreso Virtual FEPAL 2020.
- Horenstein, M. (2020). El psicoanálisis del futuro, el futuro del psicoanálisis. Ponencia presentada en el Congreso Virtual FEPAL 2020.
- McDougall, J. (1998). *Las mil y una caras de Eros*. Paidós.
- Meltzer, D. (1987). *Vida onírica*. Tecnipublicaciones.
- Recalcati, M. (2021). Angustia entre presencia y ausencia. Conferencia vía Zoom organizada por la SPP, 2021.
- Winnicott, D. W. (1971). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En *Realidad y juego*. Paidós.

Resumen

Se reflexiona sobre la complejidad de la alteridad y cómo esta afecta nuestras relaciones y experiencias emocionales, especialmente en contextos de polarización social y psicológica. Freud planteó que la anatomía era un gran drama humano, pero McDougall sugiere que la alteridad puede ser un desafío aún mayor, generando angustias existenciales. En un mundo cada vez más diverso y globalizado, reconocer y comprender al “otro” se vuelve más complicado, lo que puede llevar a la polarización y a la ruptura de vínculos.

Se menciona que cuando las experiencias emocionales intensas no se procesan adecuadamente, se desencadenan traumas que afectan nuestra percepción de la realidad y de los demás. Hay ejemplos de la historia de Perú, de situaciones contemporáneas

como la pandemia, y de la experiencia clínica en el consultorio para ilustrar cómo el miedo y la inseguridad pueden llevar a respuestas extremas y a la creación de narrativas tóxicas.

Se destaca la importancia del psicoanálisis en la construcción de espacios de contención emocional, donde se pueda procesar el dolor y la angustia, permitiendo así la reconexión con el otro. A través de la exploración de las cesuras en la psique, se busca promover una mayor comprensión y aceptación de la alteridad. En resumen, se aboga por un enfoque que fomente la comunicación y el entendimiento en un mundo cada vez más polarizado.

Palabras clave: alteridad, polarización, fenómeno transicional, capacidad de simbolización

Abstract

This article reflects on the complexity of otherness and how it affects our relationships and emotional experiences, especially in contexts of social and psychological polarization. Freud posited that anatomy was a great human drama, but McDougall suggests that otherness can be an even greater challenge, generating existential anxieties. In an increasingly diverse and globalized world, recognizing and understanding the “other” becomes more complicated, which can lead to polarization and broken bonds.

It is mentioned that when intense emotional experiences are not adequately processed, they trigger traumas that affect our perception of reality and of others. There are examples from Peruvian history, contemporary situations such as the pandemic and clinical experience in the office to illustrate how fear and insecurity can lead to extreme responses and the creation of toxic narratives.

The importance of psychoanalysis in the construction of spaces of emotional containment, where pain and anguish can be processed, thus allowing reconnection with the other, is highlighted. Through the exploration of the caesuras in the psyche, it seeks to promote a greater understanding and acceptance of otherness. In short, it advocates an approach that fosters communication and understanding in an increasingly polarized world.

Key words: otherness, polarization, transitional phenomenon, capacity of symbolization